

El discurso de los cuerpos en lucha desde la poética de Néstor Perlongher

MÓNICA COHENDOZ

Recibido: 22/11/2013

Aceptado: 18/09/2014

Mónica Cohendoz

Dra. en Ciencias de la Comunicación. Directora del NACT Estudios de Comunicación y Cultura en Olavarría. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Argentina.

E-mail: mcohenoz@gmail.com.



RESUMEN

El artículo es una aproximación a una de las líneas argumentativas principales de la tesis doctoral¹ “Cuerpos en revuelta: la loca y el militante del deseo desde la mirada Néstor Perlongher” donde se analiza la poética de este escritor argentino y el cuerpo antipatriarcal que figura para poner en crisis el cuerpo social con el propósito de focalizar las prácticas comunicacionales que produce su experiencia estética. Se propone la inscripción de estos problemas en el campo de los estudios de la comunicación para indagar el cuerpo como materialidad que pone en conflicto la relación entre lo propio y lo social. Desde este enfoque, la lectura del *corpus* retoma conceptos de tres ámbitos de análisis que se interceptan: a) los **estudios del discurso**, que abarcan desde aquellos que provienen de las ciencias del lenguaje –referidos a la lectura y a la escritura– hasta los de carácter filosófico, que tienen como objeto las prácticas discursivas; b) los **estudios de la performance**, que intentan discernir las prácticas corporales –gestuales, las actitudes, los comportamientos– que los sujetos entablan entre sí; c) los **estudios culturales**, que trabajan en torno al vínculo entre cultura y comunicación como un ámbito de producción de problemas institucionales y prácticas sociales.

Palabras clave: cuerpo – discurso - Néstor Perlongher.

ABSTRACT

THE DISCOURSE OF STRUGGLING BODIES FROM THE POETICS OF NÉSTOR PERLONGHER. The article is an approach to one of the main argumentative lines of the Doctoral thesis “Bodies in riot: the madwoman and the militant of the desire from the look Néstor Perlongher” where there is analyzed the poetic art of this Argentine writer and the antipatriarchal body that appears to put in crisis the social body with the intention of focusing on the communication practices that its esthetic experience produces. The inscription of these problems is proposed in the field of the studies of the communication to investigate the body as materiality that puts in conflict the relation between the proper thing and the social thing. From this approach, the reading of the *Corpus* recaptures concepts of three ambiances of analyses that

are intercepted: a) the studies of the speech, which they include from those that come from the sciences of the language – recounted to the reading and to the writing – up to those of philosophical character, which take the discursive practices as an object; b) the studies of the performance, which there try to discern the practical corporal, the attitudes, the behaviors – that the subjects begin between themselves; c) the cultural studies, which work concerning the tie between culture and communication like an ambience of production of institutional problems and social practices.

Keywords: Bodies – discourses - Nestor Perlongher

INTRODUCCIÓN

La escritura de Perlongher se transforma en un acontecimiento literario porque cuestiona los modos de figuración del cuerpo en la sociedad argentina durante el pasaje de la dictadura a la democracia, y porque exhibe el cuerpo como espacio de la existencia violentada por el poder (violencia que se da por el exterminio de los militantes políticos y por la represión del homoerotismo).

Propongo explorar en este trabajo cómo el lenguaje literario permite la comunicación al poner en discurso tanto lo nombrable del cuerpo como lo visible. Así, abordar la literatura como práctica comunicacional implica conceptualizar su especificidad como discurso a partir de sus normas de producción y de su intervención material en un campo discursivo de modo activo. Partimos de la premisa foucaultiana de que el poder actúa en y a través de los discursos sociales para interrogarnos acerca de las condiciones de producción sociodiscursivas del cuerpo, tanto en su carácter estabilizador como disruptivo en la disputa por la producción de sentidos.

El discurso de Perlongher transforma el cuerpo en un locus enunciativo en cuanto performance de una mirada disidente. Produce imágenes desde una poética que devela no solo una percepción más del mundo, sino cómo este nos expresa, cómo nos hace sujetos sociales, ya que al exhibir lo político del cuerpo, interpelan nuestras miradas.

CORPOGRAFÍAS

Cada cosa tiene su geografía, su cartografía, su diagrama. Lo interesante de una persona son las líneas que la componen, o las líneas que ella compone, que toma prestadas o que crea.

Gilles Deleuze

El cuerpo como fuerza transgresora en los procesos de dominación social emerge en Frederic Nietzsche, Michel Foucault, Georges Bataille, Simone de Beauvoir, Gilles Deleuze y Felix Guattari. Desde la filosofía analizan no solo los modos en que el cuerpo es determinado por lo social, sino también cómo el sujeto actúa su corporalidad en oposición al poder. Los trabajos de estos autores nos permiten trazar una línea de reflexión acerca de las condiciones de resistencia corporal que Perlongher usa reflexivamente en sus propias prácticas.

Cuerpo es, entonces, un concepto útil que Perlongher propone deslindar como categoría de análisis de su experiencia histórica. Su reflexión es un modo de acción social: no se pregunta qué es el cuerpo, sino cómo se lo habita en la sociedad capitalista.

Frente al silencio al que fueron sometidos los ciudadanos, Perlongher encuentra en la lectura de estos autores la posibilidad de incardinamiento, más allá del determinismo biológico al que es sometido por el Estado. Asume su cuerpo como práctica comunicacional, como sentido que atraviesa su escritura, su militancia y su experiencia intelectual. Propone la cartografía como una “corpografía”² para vincular el cuerpo con su inscripción subjetiva: “¿Será que la corpografía es una cartografía de los cuerpos?” (Perlongher, “El paisaje de los cuerpos”, 2004, 264).

De esta manera, la cartografía es una puesta en foco de la subjetividad perlonghiana. Cuando hablamos de una cartografía de los cuerpos nos preocupan, más que la ubicación de estos en el espacio, los modos de comunicar la subjetividad a través de las prácticas corporales registradas en imágenes mediatizadas por la escritura de una memoria histórica.

En una corpografía se presenta al cuerpo como agente del deseo. Este cuerpo no es un objeto (obra de arte) ni un sujeto (su experiencia), sino una actualización de fuerzas que acompaña obra y espectador, y emerge de acuerdo con sus condiciones históricas. Explorar este ser corporal en cuanto efectuación de sí es la tarea que Néstor Perlongher asume como vida política. El cuerpo es metonimia de la militancia sexual

porque Perlongher hace política con el cuerpo del mismo modo que hace escritura con el cuerpo; allí dirime su saber ser, su gesto intelectual: “Cartografiar es, en fin, trazar líneas (líneas de fuerza del *socius*, línea de afectos grupales, línea de fisuras y vacíos...)” (Perlongher, “Los devenires minoritarios”, 1997, 66). Tarea tanto política y filosófica como literaria, pues exige que el pensamiento y el arte aporten algo nuevo al mundo y transformen el ser y el devenir. Supone inquietud de y por la sustancia corporal que ya no es una sino múltiple y, por lo tanto, dinámica y siempre sujeta al cambio.

Una cartografía artística es, entonces, una topografía del futuro, un diagrama para la producción del porvenir en cuanto visibilidad materializada del cuerpo. Él figura el itinerario de los cuerpos y nos permite articular el pasado con el presente. En la Argentina de los años de dictadura militar, asumir una literatura corpográfica era ejercer una fuerza poderosa de resistencia.

TÁCTICAS CORPORALES PERLONGHIANAS

El cuerpo ya no es un obstáculo que separa el pensamiento de sí mismo, lo que éste debe superar para conseguir pensar. Por el contrario, es en lo que el pensamiento se sumerge o debe sumergirse para alcanzar lo impensado. Ni siquiera sabemos lo que puede un cuerpo
Gilles Deleuze

El cuerpo dionisiaco, el cuerpo abyecto, el cuerpo dócil, el cuerpo sin órganos, el cuerpo feminista se proyectan en los cuerpos perlonghianos, cuya multiplicidad implica no solo la fuga de la normalidad, sino también prácticas que comunican y dan visibilidad a lo corporal en diálogo con la historia de los cuerpos transgresores y subversivos. El cuerpo adquiere esta condición cuando emerge a través de prácticas que producen un discurso de resistencia. Para Michel de Certeau, esta implica la puesta en funcionamiento de tácticas y se define como

la acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio. Por tanto ninguna delimitación de la exterioridad le proporciona una condición de autonomía. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Además debe actuar con el terreno que le impone y organiza la ley de una fuerza extraña [...] es movimiento “en el interior del campo

de visión del enemigo” [...]. No cuenta con la posibilidad de darse un proyecto global ni de totalizar al adversario en un espacio distinto, visible y capaz de hacerse objetivo (de Certeau, 2000, 43).

La resistencia comunica sentidos del cuerpo a través de tópicos como “lo propio”, el deseo, la carne, la piel y ciertos procedimientos de visibilización. Son diferentes dimensiones que plantean la posibilidad de manifestar la diversidad sexual y erosionar las determinaciones del poder. Se trata de estrategias de escritura oposicionales a los procedimientos de los discursos que pretenden ejercer el control corporal, ya que en vez de clasificar, ordenar y distribuir, proponen dispersar, subvertir e invertir. A través de estos procedimientos, Perlongher postula lo múltiple y exhibe una subjetividad disidente que, como “discurso inverso”, tiene su condición de posibilidad en el discurso dominante sobre el cuerpo. El discurso, según Foucault, vigila y produce.

Desde una concepción del poder como trama compleja de sometimiento y de producción de cuerpos en términos discursivos e institucionales, en el discurso de resistencia corporal de Perlongher emergen tres procedimientos:

a) Lo propio corporal: procedimiento de incardinamiento

Lo propio es motor de la escritura en la medida en que es clave para comprender la multiplicidad de determinaciones que atraviesan la constitución de una subjetividad disidente. En el panfleto “Por una política sexual”, escrito durante la dictadura militar y distribuido en forma anónima a través de fotocopias, lo propio implica un cuerpo que puede proclamar frente al silencio:

No precisamos a la policía para saber cómo portarnos. Nuestra cotidianeidad es un problema nuestro. Aprovechemos el momentáneo “repliegue” del régimen para acabar también con el autoritarismo y la prepotencia del poder (Perlongher, “Por una política sexual”, [1999] 2004, 135).

El cuerpo emerge como fuerza transgresora en tácticas que logran que el sí mismo se afirme ante la dominación. El panfleto tiene como meta no solo la denuncia, sino también la posibilidad de actuar y localizar una subjetividad que expresa una voz diversa, distinta a la masculina, a este machismo que actúa sometiendo a través de los edictos policiales

que dictaminan la normalidad: si la llamada normalidad precisa de la dictadura para sobrevivir, entonces se revela anómala, paradoja civilizatoria del control corporal que usa la violencia para pacificar.

No solo los panfletos manifiestan esta voz propia a través de lo corporal, también los ensayos y poesías producen operaciones de escritura que evidencian una conciencia de la dimensión política de sí mismo como apertura al deseo e incardinamiento de la subjetividad. Dice en una entrevista publicada en 1988 en la Revista *Babel*: “Uno va siendo lo que le sale. Algunos rumbos trancos político, periodista, tal vez peronista... Ser es devenir: devenir negro, devenir mujer, devenir loca, devenir niño” (Perlongher, 1997, 21).

En el panfleto, el cuerpo exhibe su posibilidad de trascender cualquier variable dada –sexo, clase social, racionalidad, cultura– aunque históricamente esté situado en ella. Perlongher pregona:

- Derogación de los edictos policiales que reprimen la prostitución, la homosexualidad, la vagancia, la “ebriedad y otras intoxicaciones”, etc.
- Fin de la “averiguación de antecedentes”.
- Abolición de la censura.
- Libre circulación para menores, putas, *taxiboy*s, travestis, homosexuales, hombre y mujer en general...

Deseamos que estas demandas sean levantadas en todos los lugares: familias, partidos, grupos, bares, calles, instituciones, medios, etc. (Perlongher, “Por una política sexual”, [1999] 2004, 135).

La piel aparece en este procedimiento como pliegue donde el cuerpo surge como la escritura de lo propio. El pliegue es similitud (no semejanza, no es lo mismo ni lo otro) y habilita lo múltiple e impredecible. Es en la piel / pliegue donde, para Perlongher, acontece el cuerpo de la escritura.

b) El deseo corporal: procedimiento de consagración del éxtasis y de la muerte

Al luchar para que su cuerpo no quede atrapado en el discurso dominante, Perlongher propone el devenir deleuziano, acto de autoafirmación en el que el *continuum* es la ruptura con el orden opresor; antiesencialismo que consagra el flujo frente a la sustancia y la denegación del deseo sexual en pos de intensidades:

La producción de intensidades, afirman Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas*, desafía, mina, perturba, la organización del organismo, la distribución jerárquica de los órganos en el organigrama anatómico de la mirada médica. Si a alguien se le escapa un pedo, ¿en qué medida ese aroma huele a una fuga del deseo? Si el deseo se fuga, construyendo su propio plano de consistencia, es en el plano de los cuerpos, en el estado de cuerpos del *socius*, que habrán de verse molecularmente las vicisitudes de esa fuga (Perlongher, “Matan a un marica”, [1988] 1997, 39).

Para Perlongher, el deseo hace que el cuerpo no sea meramente biológico, sino un juego de fuerzas, un proveedor y transformador de energías, una superficie de intensidades. Esta concepción propone lo múltiple a partir de los flujos de energía. “El cuerpo sin órganos” encuentra la muerte en su deriva: “Si toda esa deriva del deseo, esa errancia sexual, toma la forma de la caza es que esconde, como cualquier jungla que se precie, sus peligros fatales” (Perlongher, “Matan a un marica”, [1988] 1997, 38).

Tal como lo formuló Bataille (2007), el erotismo de este cuerpo es “la ratificación de la vida antes de la muerte”. Cuando “matan al marica” se desencadena un ritual expiatorio en el que el poderoso purga su horror ante el cuerpo abyecto.

A ese goce del éxtasis –salir: salir de sí– estremecido, para mayor reverberancia y refulgor, por la adyacencia de la sordidez, por la tensión extrema, presente de la muerte, que el deambuleo homosexual (icuriosa seducción!) el yiro o giro, se dirige de plano –aunque diga que no, aunque recule: si retrocede, llega– y desafía, con orgullo de rabo, penacho y plumero (Perlongher, “Matan a un marica”, [1988] 1997, 39).

El desafío de no someter el cuerpo al dominio de la ley del orden implica la posibilidad de muerte de las subjetividades subversivas, como la loca y el militante del deseo.

c) La visibilidad corporal: procedimiento para encarnar el umbral entre la vida y la muerte

Los procedimientos que dan visibilidad al cuerpo articulan el discurso de resistencia para el cual aquellos son tácticas de enfrentamiento. En este sentido, su sexualidad se transforma en poder: es en el lenguaje y

no en la anatomía donde la visibilidad de lo corporal subvierte el orden establecido. El discurso posibilita la resistencia porque se ubica en una posición contrahegemónica donde el sujeto puede hablar. Constituye un acto político, ya que reivindica su subjetividad frente al poder.

La resistencia es un proceso material y semiótico en el que las prácticas vinculadas al cuerpo configuran la subjetividad a través de imágenes que lo exhiben como potencia subversiva. La *performance* de la subjetividad para Perlongher es, en consecuencia, una práctica corporal y discursiva, cuyo objetivo es dar visibilidad al “devenir mujer del hombre”: “Mi idea es no retirar la homosexualidad del campo social, constituyendo un territorio separado de los puros, los buenos, los mártires, los ilustres. Hacer saltar a la sexualidad ahí donde está” (Perlongher, “El sexo de las locas”, [1984] 1997, 34).

La visibilidad del cuerpo es, así, una estrategia para confrontar el poder a través del deseo inscripto en la mirada: “Lo primero que se ven son sus cuerpos. Cuerpos charolados por el revoleo de una mirada que los unta...” (Perlongher, “El sexo de las locas”, [1984] 1997, 35). Y el deseo es exhibido en la escritura, donde emergen imágenes de los cuerpos deseantes:

Como reina que vaga por los prados donde yacen los restos
de un ejército y se unta las costuras de su armiño raído
con la sangre o el belfo o con la mezcla de caballos
y bardos que parió su aterida monarquía

así hiede el esperma, ya rancio, ya amarillo, que abrigó
su blondo detonar o esparcirse –como reina que abdica–
y prendió sus pezones como faros de un vendaval confuso,
interminable, como sargazos donde se ciñen las marismas
(Perlongher, “Como reina que acaba”, [1980] 2003, 33).

Este discurso de resistencia corporal tiene una doble articulación, visibilidad y enunciabilidad (Foucault, 1970), que producen las figuras de la loca y del militante del deseo. Perlongher las transforma, en su escritura, en dispositivos de comunicación de la subversión simbólica de las prácticas corporales producidas por fuera de las normas heterosexuales. En este sentido, la batalla por resistir a la dominación política es un acontecimiento sustancialmente material.

La visibilidad de la diversidad sexual era peligrosa en la Argentina de la década del setenta. Recuerda un militante que el 25 de mayo de 1973, el FLH ingresó en la Plaza de Mayo con una bandera propia; cuenta que “cuando empezaron a fotografiarnos, muchos tuvimos que soltar la bandera porque, si salíamos en la foto, al otro día perdíamos el trabajo. Era la primera vez que una organización gay mostraba en la Argentina el deseo de integrarse a una corriente política”³ La calle se transforma en el escenario donde las imágenes de la subjetividad disidente pueden mostrar su imposibilidad e inventarse una alteridad peligrosa que vincula la política con la sexualidad. Ganar la calle en aquella época era un desafío político, porque implicaba no solo salir del closet, sino también aunar la lucha de género con otras demandas sociales y transformar el lenguaje:

Todos estos microterremotos se producen en el nivel de los cuerpos y cuando llegan al terreno de la expresión se encuentran que el discurso ya está codificado desde antes. El código dominante se traga los discursos y los retraduce. De allí la necesidad de construir otros niveles de expresión. La transgresión tiende a reproducir el código dominante, cuando dice “estamos haciendo apología del delito” está tomando como referente el código propuesto por la ley dominante. Tenemos que saber lo que estamos haciendo, tenemos que saber cómo expresarlo y además tenemos que lograr que esa expresión entre en el campo social y pueda hacer estallar el discurso institucional (Entrevista a Perlongher en Revista *Cerdos y peces* N° 13).

Es significativo que Perlongher no identifique el poder exclusivamente con la dictadura, sino también con un código dominante –tal como señaló Roland Barthes (1995)– al servicio del poder y, por lo tanto fascista, debido a que obliga a decir y aliena al sujeto. La resistencia al poder implica, para el autor, una apuesta vital por transformar todo el orden imperante.

DISCURSO DE LOS CUERPOS EN LUCHA

El discurso de los cuerpos en lucha como práctica comunicacional da visibilidad a las tácticas que Perlongher propone para hacer “estallar el discurso institucional” e intervenir en el espacio político. Para lograrlo, inventa una manera de hacer del cuerpo tanto un acontecimiento poético

como político enfrentado con los otros (machistas, militares, fascistas son los términos para nombrar a sus enemigos).

En la tesis se especifican las continuidades discursivas en cuatro niveles de análisis. Consideraremos como referencia los trabajos de M. Angenot (1982), quien para analizar discursos pertenecientes al género del “panfleto”, articula conceptos provenientes tanto de la lingüística como de la retórica y la sociología:

1. Una forma de ver / enunciar / hacer en la escena enunciativa. La noción de escena enunciativa se refiere a los roles discursivos (*ethos*, *pathos*, destinatarios) desplegados en una determinada situación de enunciación, en el marco de un conjunto de atributos, rasgos, tonos e índices que “invisten” el discurso argumentativo (Maingueneau, 1999, 2002). Dado que en la escena enunciativa el *ethos* es central, aquí nos ocuparemos solamente de la figura del locutor: Perlongher.

2. Los conceptos ideológicos o programáticos que configuran el campo de la discursividad de lo corporal y posibilitan la emergencia del cuerpo como fuerza poderosa (*ethos*, biografema, memoria, etc.).

3. El contexto local: se define habitualmente como las condiciones históricas en la que tiene lugar el acontecimiento comunicativo.

Las imágenes de la loca y del militante del deseo como figuraciones discursivas de la *episteme* nómada son índices significantes de un modelo mental del acontecimiento corporal: “Los modelos contextuales y los modelos de los acontecimientos son representaciones mentales de la memoria episódica, esto es, la parte de la memoria de largo plazo en la que las personas almacenamos nuestro conocimiento y nuestras opiniones sobre los episodios que vivimos, o sobre los que leemos o escuchamos algo. Probablemente, los modelos mentales consisten en una representación esquemática de las dimensiones social y personalmente relevantes de los acontecimientos, como el escenario, los participantes (en diversos roles), las acciones, etcétera” (Van Dijk, 2003, 165).

El discurso de los cuerpos en lucha se produce en una formación⁴ que articula las luchas de género con otras luchas políticas a partir de la década del setenta y postula una concepción confrontativa del *ethos* militante. En esta formación discursiva entran en juego prácticas políticas, filosóficas y de género que configuran la posición ideológica ocupada por Perlongher en el campo político de su época.⁵

El espiral de silencio alrededor de la cultura intersexual es un manto que atraviesa la primera mitad del siglo XX y que Perlongher, en la década del setenta, se propone develar. Tanto su escritura como su militancia se transforman en un punto nodal para la historia de las luchas de género en la Argentina, ya que fue un protagonista polémico del movimiento que siempre estuvo dispuesto a intervenir en los debates, como lo demuestra en sus artículos, conferencias y textos de ficción.

El borde político es la escena desde la cual Perlongher realiza su militancia, una orilla que vincula el centro con el suburbio, el peronismo con la izquierda, las luchas de género con las demandas sociales de la época, lo intelectual con lo lumpen. La figura del borde trama su militancia política como espacio de acción desde el que define una posición que, sin ser central, tampoco es periférica, sino fronteriza y de permanente trasvasamiento.

La inscripción del discurso de resistencia corporal en acciones concretas de demandas de género implicó que el *ethos* militante se vinculara con un colectivo político. En esta militancia, Perlongher puso en juego su participación ciudadana. Esto no solo significó una manera de problematizar la forma política dominante respecto del género, sino que también pretendió abarcar una amplia gama de cuestiones sociales y políticas de su época. El hecho de considerarse un ciudadano con derechos le hizo tomar posición política sobre cuestiones más amplias, como los derechos humanos y aquellas que habían sido replanteadas por el género: la familia, la reproducción sexual, la salud o la marginación social.

Su reclamo emancipatorio se fue produciendo en términos de “mutación”: no buscaba una guarida ideológica desde donde dar batalla, sino lugares (partidos, revistas, grupos) desde los que intervenir para luchar por no ser asimilado al modelo dominante. A partir de los años setenta asumió una deriva inquieta por los pocos espacios comunitarios que las subjetividades disidentes podían habitar en su búsqueda de una vida política: el Partido Obrero, el cuerpo de delegados de Filosofía y Letras (UBA), el Frente de Liberación Homosexual (1971-1976), las revistas *Somos* y *Líteral*, grupos feministas, UFA (Unión Feministas Argentinas) y el MLF (Movimiento de Liberación Feminista). Estos grupos de pertenencia fueron forjando el camino del movimiento de género como parte

de movimientos sociales que surgieron en medio de un clima de politización, de contestación y de crítica social generalizada. “Como buena parte de los argentinos de entonces, creo en la liberación nacional y social” (Perlongher, 2003, 77). Son parte del clima político de su época que, a nivel mundial, se expresó en el Mayo Francés, la Primavera de Praga, la Revolución cubana, el Poder Negro o la Revuelta de Stonewall.⁶

Perlongher aportó una mirada crítica: consideraba que la resistencia corporal no podía diluirse en los debates políticos de la época, sino que su especificidad residía en la constitución de una ciudadanía sexual.⁷ Su intervención se orientó a criticar la economía moral burguesa que, a través de la sexualidad, ejercía sobre el cuerpo mecanismos de dominación naturalizados y, por lo tanto, invisibilizados.

Sin pretender una amalgama con los movimientos políticos de ese momento, supo trazar un camino propio que introdujo el deseo como forma política de la acción y encauzó sus fuerzas en una lucha revolucionaria. La resistencia, que para Perlongher era un proceso de creación permanente y de lucha contra los totalitarismos, implicó desalojar de su discurso y de sus actos las prácticas totalitarias. Esto implicó una ética militante comprometida con la vida y de por vida a través de la lucha contra la sexopolítica, es decir, los modos de regulación en términos de población, de salud o de interés nacional.

EL MILITANTE DEL DESEO

No hay que liberar al homosexual,
hay que liberar lo homosexual del deseo de cada persona
Grupo Eros

El militante del deseo es una imagen que emerge del discurso de los cuerpos en lucha. Una imagen-pensamiento que, para Perlongher, produce la relación existente entre el cuerpo y la lucha política en cuanto producción social. Una lucha para que el capitalismo no capture los cuerpos deseantes codificándolos y sometiéndolos al sistema de reproducción.

Militar el deseo es un sintagma que se asemeja a un oxímoron, ya que mientras los objetos de la militancia siempre remiten a cuestiones políticas, el deseo aparenta ser una cuestión de tipo privado. Sin embargo, para Perlongher implica una lucha por la desontologización de

las políticas y de las identidades. Su propósito era poner en discusión la naturaleza de lo corporal y afirmar la multitud de cuerpos posibles como posición crítica hacia los efectos normalizadores. En este sentido, el deseo no se define desde el cuerpo como naturaleza ni a partir de un objeto deseado, ya que el deseo está en constante circulación.

La afirmación del cuerpo deseante lleva al autor a la concepción de que no hay diferencia sexual, sino una multitud de diferencias, una transversalidad de las relaciones de poder, una diversidad de cuerpos como potencias vitales polimorfas. Pone de manifiesto esta concepción en las premisas políticas que sustentan su discurso de resistencia corporal:

- **Las retóricas clasificatorias de los cuerpos son mecanismos de dominación política:** las clasificaciones se transforman en marcos que operan no solamente como codificaciones políticas de la ciudadanía, sino que producen “un orden de los cuerpos”, cuyo efecto retórico es “una orgía clasificatoria”, imagen barroca que simboliza la mezcla y heterogeneidad frente al afán homogeneizante del orden clasificatorio. Este se produce en el discurso médico, en el discurso policial (Perlongher, “El orden de los cuerpos”, [1987] 1997, 43), en la calle, cuando se identifica, según las posturas corporales, al “macho / marica”, al “activo / pasivo” (Perlongher, “Avatares de los muchachos de la noche”, 1987); en las poblaciones marginales, la clasificación produce territorios: “el *malandro*, el delincuente, el *pixote*, etc.” (Perlongher, “Deseo y violencia en el mundo de la noche”, [1987] 1997, 41). Los edictos también clasifican “delitos”: “homosexuales”, “travestis”, “prostitutas” (Perlongher, “Acerca de unos edictos”, [1982] 2004, 122). Propone “no subsumir esas singularidades en una generalidad personológica: “el homosexual”. Soltar todas las sexualidades, abrir todos los devenires” (Perlongher, “El sexo de las locas”, [1984] 1997, 35).
- **Los cuerpos provocan intensidades en sus producciones deseantes:** la intensidad deseante circula por todas partes. La sexualidad es una codificación social del deseo, que no tiene sexo ni lo reconoce. Es la sociedad la que obliga al deseo a ser sexuado: “El capital confunde todo: libidiniza los dineros, monetariza las pasiones, pero también demarca territorios, más o menos “fronterizos” (Perlongher, “A esas argucias recurre el goce, a esos rodeos”, [1981] 2004, 95). Frente a este disciplinamiento del deseo emerge el derroche, la fuga deseante que socava lo corporal en tanto orgánico y emerge como intensidad; es el ser de lo corporal en cuanto productividad no controlada: “La producción de intensidades, afirman Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas*, desafía, mina, perturba, la organización del organismo, la distribución jerárquica de los órganos en el organigrama anatómico de la mirada médica” (Perlongher, “Matan a un marica”, [1988] 1997, 97).

- **Las subjetividades producen, en el devenir, fugas de la normalidad:** al lograr escapar de la normalización del deseo, se desterritorializan y abren líneas de fuga. Ejercen lo inédito, liberan un deseo sin forma y sin función. Los devenires son contingentes, no imitan ni asimilan, sino que son producidos “entre”; no tienen que ver con su origen ni con una meta propuesta y se producen por medio de desterritorializaciones disimétricas y descodificaciones no planificadas: “No por ser fugas las vicisitudes de los impulsos nómades tienen que ser románticas, sino más bien lo contrario: la fuga de la normalidad (ruptura en acto con la disciplina familiar, escolar, laboral, en el caso de lúmpenes y prostitutas; quiebra de los ordenamientos corporales y, en ocasiones, incluso personológicos, etc.) abre un campo minado de peligros” (Perlongher, “Matan a un marica”, 1997).
- **La potencia impregna las corporalidades deseantes:** los cuerpos poderosos son fuerzas deseantes no controladas por poderes exteriores (la familia, el estado, la Iglesia, etc.). Así, lo libidinal no sujeto a la economía política se produce como derroche. “En ese vivir por vivir se vislumbra toda una fuerza dionisiaca, impulso de agregación y, al mismo tiempo, de desestructuración, de éxtasis” (Perlongher, “Breteles para Puig”, [1988] 1997, 127). Esta potencia emerge como forma violenta, vinculada con el erotismo, cuyo efecto es la fuga de la normalidad en vez de su restitución, como sucede con la violencia engendrada por el poder autoritario. “La voluptuosidad rige vericuetos sórdidos para exaltarse, un erotismo que se intensifica en la vecindad de la muerte” (Perlongher, “Molina y Valentín: el sexo de la araña”, [1986] 2004, 193).
- Estos postulados están inspirados en la lectura de *El anti-Edipo* (1972) y *Mil mesetas* (1980) de Gilles Deleuze y Felix Guattari. Perlongher se propuso llevar estas ideas al terreno de la militancia para afianzar una praxis social, no solamente un modo de pensar. Es una militancia que exige creación y confrontación con la autoridad. En esta práctica, el deseo encuentra el límite y la oportunidad de desplazarlo, franquearlo políticamente:

De ahí que la consigna central levantada tanto el 25 de mayo como el 20 de junio haya sido “para que reine en el pueblo el amor y la igualdad”, un párrafo de la “Marcha Peronista” que para nosotros no es una frase vacía. Significa que a pesar de las contradicciones y los prejuicios machistas que todavía subsisten en la población, la revolución popular debe cuestionar también las pautas morales de la clase dominante. O sea que la revolución es un acto de amor. Nosotros tenemos presente las palabras de Eva Perón cuando decía “a los que resisten la evidencia de un proceso o calumnian lo que no comprenden o prefieren callar”; “...son los que no corren sino caminos conocidos; los inventores de la palabra prudencia; los que nunca quieren comprometerse; los cobardes, que nunca se juegan por una causa ni por

nadie; los que no aman porque para ellos el amor es una exageración y una ridiculez” (Perlongher, 2008, 247).

Su posición militante lo llevó a confrontar con Guattari durante su visita a Brasil, en 1982. El pensador francés se manifestó a favor de la posición entrista⁸ del Partido de los Trabajadores, que pretendía organizar las minorías en su interior. La inserción dentro de la estructura partidaria de los “devenires marginales” de los movimientos de minorías suponía, como consecuencia, la pérdida de su fuerza transgresora, justamente el peligro que Perlongher predecía para el movimiento homosexual. Con ironía, se refirió la aceptación del entrismo en este partido centrista de masas, criticándolo con sus mismas armas teóricas: “¿Es que el devenir *mulher* de Guattari llegó hasta el punto de fascinarse por ese obrero de vanguardia? Las cosas que puede llegar a decir Mr. Lula, lo sabemos todos, no tienen ninguna relación lineal con la dirección de su eventual deseo” (Perlongher, 1983).

El debate en torno a la alianza del movimiento gay con partidos políticos, en especial con el peronismo, ya había surgido en las discusiones que Perlongher sostenía con sus compañeros de lucha, como lo relata en “Historia del FLH”. Desde el Frente intentaron establecer vínculos entre la liberación nacional y la liberación sexual, algunas de cuyas consignas expresan esta posición: “Machismo = Fascismo”, “el machismo es el fascismo de entrecasa”. El peronismo los rechazó explícitamente, empapelando la ciudad con carteles contra “el ERP, los homosexuales y los drogadictos”; posteriormente fueron difamados a través del semanario *El Caudillo*, vinculado a la extrema derecha del gobierno de Isabel Perón (1974-1976). Perlongher considera los motivos del fracaso de esta alianza:

A la distancia, la tendencia del FLH a la hiperpolitización puede leerse como una postura delirante; cabría analizar empero, si una sociedad que es capaz de pergeñar dictaduras tan monstruosas no hace que, necesariamente, cualquier planteo mínimamente humanista –como el reclamo de mayor libertad sexual– tienda a convertirse en un cuestionamiento radical de las estructuras socioculturales en su conjunto (Perlongher, “Historia del FLH”, [1985] 1997, 84).

La lucha contra el modelo político del homosexual normalizado, gay con gay, era el eje de su militancia. La articulación con otras políticas

sociales implicaba, para Perlongher, no renunciar a los postulados ideológicos que identificamos en su discurso de resistencia corporal.

Para el autor, militar el deseo implicaba que los devenires minoritarios constituyeran configuraciones corporales no “representables”, dado que eran “monstruosas” y ponían en cuestión no solo los regímenes de representación política, sino también los dispositivos de producción de visibilidad de los cuerpos para abrir nuevas posibilidades a la política. El militante del deseo expresa una posibilidad de la política minoritaria que se encarna como “nueva subjetividad” en el campo social y procura que su actividad se inscriba en una fundamentación teórica. De este modo, su militancia implicó una relación con el saber; su identidad militante se definió por su implicación con espacios de producción de conocimientos, interpretación y actuación intelectual.

El discurso de los cuerpos en lucha es una *performance* del *ethos* producido por el incardinamiento, procedimiento que se analizará en el capítulo IV. Perlongher se encargó de distribuir panfletos fotocopiados denominados “informes” (título que parodia los informes policiales que se realizan para justificar las *razzias*). Fueron publicados en el año 2004 por su amigo Osvaldo Baigorria, quien así resume la pasión de La Rosa / Perlongher por la militancia:

La Rosa supo dibujar el mapa de un país desplegado sobre un espacio abierto, liso, no limitado por organización de la identidad, mediante un trayecto político que ningún partido u organización hoy puede terminar de encerrar o contener (Cangi y Seganevich, 1996, 77).

Corporizar su discurso de resistencia corporal no es una tautología, sino el único modo de vivir lo político que Perlongher asumió como si fuera un tatuaje en su cuerpo:

Había dado sus primeros pasos en la militancia cuando empezó a estudiar sociología en la facultad de Filosofía y Letras, en 1968-9. Llegó a encabezar la fracción de Política Obrera (PO) en la facultad (...) pero mantenía una pelea interna con sus propios camaradas para que se le reconociera públicamente su condición de homosexual (...) su exigencia de que él o la PO se pronunciara sobre el tema terminó en su rompimiento y alejamiento definitivo de esa organización (...) Pero nunca traicionó su origen. Su estilo, su forma de argumentar y polemizar tuvieron siempre un matiz, una coloración “trotskista”, con perdón de las comillas (Baigorria, “Un barroco de trincheras”, 2006, 12-3).

El estilo trotskista de militancia comentado por Baigorria fue, en la década del setenta, un emblema de la vanguardia guerrillera. Su “moral de combate” se fundaba en la disciplina y en el control del cuerpo para luchar contra la dominación.

En “Moral y proletarización”, Ortolani –seudónimo de Julio Parra, dirigente del PRT- ERP⁹ considera que:

la hegemonía burguesa (...) se manifiesta en todos los aspectos de la vida humana. Aquí es donde el problema de la hegemonía entronca con el problema de la ética, de la moral. Esta es la cuestión planteada por el CHE con su apasionado llamamiento a la construcción del Hombre Nuevo (...) Este es el problema que empiezan a plantearse corrientes revolucionarias, con su llamamiento a la proletarización de sus cuadros y militantes.

Y esta cuestión (...) no es cuestión que pueda dejarse para después de tomar el poder como creen algunos (...). Por el contrario, es una cuestión que está en el centro mismo de los problemas de la Guerra Revolucionaria (Ortolani, 2004-2005, 93).

El hombre nuevo es el hombre capaz de luchar y vencer en esa guerra, la “Guerra Revolucionaria”. De esta manera, la formación política y moral se convierte en un elemento central de la organización revolucionaria. También aborda en el escrito la revolución sexual:

La forma de la hegemonía burguesa que se pretende imponer (...) predica un supuesto “amor libre” que aparentemente liberaría a los miembros de la pareja, particularmente a la mujer de la sujeción tradicional. Pero lo que en realidad hace es establecer nuevas formas de esclavización de la mujer y de cosificación de las relaciones entre ambos sexos (Ortolani, 2004-2005, 99).

Para combatir la hegemonía burguesa, la militancia de izquierda proponía un cuerpo poderoso pero nunca deseante. Alejado de esta posición, Perlongher, consideraba que la revolución debía comenzar por liberar el deseo. En los panfletos inscribió una voluntad de representación que, tal como consideraba Schopenhauer (2005), se forjó desde su experiencia vivencial inmediata del cuerpo. Él fue el lugar donde confluyeron la representación y la voluntad, la intuición y la vivencia; a través de él, como un hilo conductor, pudo desentrañar autorreflexivamente su experiencia. Se ocupó del cuerpo con su escritura y de lo social con su

cuerpo, quiasmo que pone en juego su posición como intelectual, como lo muestra en el relato “El sabra”.

ACERCA DE LOS EDICTOS POLICIALES, *POR UNA POLÍTICA SEXUAL*

Los edictos policiales se transforman en tópico del discurso de resistencia corporal ya que ponían en evidencia la maquinaria represiva del Estado. A través de los edictos, los homosexuales podían ser detenidos hasta 21 días solo por presunción, y aumentaba a 28 en el caso de las travestis. “Yo conocí en esa época a personas que no viajaban en medios públicos. Tomaban un taxi de la puerta de su casa hasta donde necesitaran ir, porque si salían a la calle terminaban presos solo por “parecer” homosexuales”, recuerda Sergio Perezza. La pregunta del volante del Frente – “¿Sabés que en este momento hay gente presa por hacer lo mismo que vos?” – se dirigía a la concientización; se repartía en algunos boliches como Monalí, en Lanús, donde siempre había una patrulla de la policía esperando a la salida.

Perlongher denunció y luchó por la abolición de los edictos policiales,¹⁰ que no solo judicializaban la homosexualidad, sino que legitimaban la represión e instalaban el miedo a estar en la calle. En efecto, fueron el mecanismo más efectivo para invisibilizar la homosexualidad a través de la penalización, debido a que al apelar a la seguridad como instancia de autopreservación, negaban el derecho ciudadano a la libre circulación. “Orden público”, “buenas costumbres” y “seguridad ciudadana” legitimaban el dispositivo policial que reemplazaba la justicia por lo policíaco:

Los nuevos reglamentos no condenan sólo a los gays, sino también a las prostitutas, los borrachos, los vagos, etc. Toda esa masa callejera que tanto afea las ciudades. También se cerraron los hoteles alojamiento heterosexuales, y todo lugar de diversión nocturna sufre una severa vigilancia (Perlongher, 2006, 82).

La frontera entre los/las ciudadanos/as decentes y los/as otras tiene efectos productivos para reprimir el “negocio del deseo”, ya que los/as reprimidos/as son interpelados/as por esa ley que funda la autoridad y la identidad de quien la acata. La “masa callejera” se vuelve clandestina porque la ley la produce como tal. Los edictos no solo nombran lo que prohíben, sino que también subjetivan. Por ejemplo, el artículo 2º,

inciso F del Edicto de Escándalo condena a los “que se exhibieran en la vía pública vestidos o disfrazados con ropas del sexo contrario”. El artículo 3º, inciso A del Edicto Bailes Públicos castiga al encargado del local que “permitiere el baile en pareja del sexo masculino”. Es decir, quien realizaba esto era necesariamente peligroso/a, ya que el acto se convertía en práctica sexual y esta era signo de identidad. La personalidad criminalizada era uno de los efectos más violentos de los edictos: discriminaba aun a quien no realizaba la práctica prohibida, porque penalizaba lo que supuestamente se es y no lo que se hace.

La autoridad de la ley promovía tanto la vigilancia como la interpelación subjetiva, ya que nombraba, seleccionaba y penalizaba no en términos de preservar, sino de eliminar. El sujeto interpelado por ella era nominado/a como pervertido, vago, prostituta, mendigo. Como este estigma se llevaba en el cuerpo, solo mostrarlo era ya peligroso.¹¹

Los panfletos servían para luchar contra el silencio y la invisibilidad a la que los militares en el gobierno sometían a los “homosexuales”. En ellos, Perlongher inscribió una voluntad de representación de las voces silenciadas que se había forjado en sus disputas por los sentidos que la sociedad asignaba en términos de una identidad homosexual:

La policía puede, en la Argentina, detener a cualquier persona por un plazo que oscila entre 2 y 7 días, con la excusa de “averiguación de antecedentes”. Ese expediente ha sido usado siempre –y con mayor denuedo en los últimos años– para encarcelar, intimidar, ofender a millares de personas.

Peor aún es la situación de los menores de 18 años, que por el solo hecho de hallarse fuera de sus casas familiares, pueden ser internados en reformatorios, verdaderos campos de concentración de niños.

Los llamados edictos policiales –que no son exactamente leyes sino reglamentaciones internas de la policía– permiten detener a cualquier persona sospechosa de prostitución, homosexualidad, vagancia, ebriedad, etc., y recluirla sin intervención de la Justicia, en la cárcel ipor plazos que oscilan entre los 30 días en Buenos Aires y los 90 en Córdoba! (Perlongher, “Por una política sexual”, [1999] 2004, 132).

El militante del deseo se comunica a través de la lucha por la abolición de los edictos porque estos manifiestan la producción de estrategias de dominación. Si bien funcionaban bajo la apariencia de un operativo legal, el totalitarismo que bregaba por un orden civil desde donde garantizar

la igualdad de todos/as los ciudadanos suspendió la ley en pos de lo policial: se dio legitimidad a la policía para disponer de los cuerpos, una prerrogativa para aplicar su ley. No funcionaban por la decisión de un juez que juzgara con relación a evidencias, pruebas y argumentos; la decisión de detener era un fallo unilateral dictado por la policía, que determinaba que cierto sujeto era peligroso.

Estas reglamentaciones no tienen nada que ver con “el estado de sitio” que padece el país... Si para mantener a los homosexuales fuera de la calle es preciso llamar a la policía, entonces queda evidente que esa “normalidad” no funciona por “naturalidad” sino por el peso de las armas (Perlongher, “Por una política sexual”, [1999] 2004, 132).

Los cuerpos y los placeres podían resistir si persistían en el deseo, si no eran neutralizados por el pánico moral. En consecuencia, sostener la visibilidad del modo de vida homosexual sin someterse al closet era mucho más contestatario que el acto sexual en sí mismo:

Deseamos que esas demandas sean levantadas en todos los lugares: familias, partidos, grupos, bares, calles, instituciones, medios, etc. No precisamos de la policía para saber cómo comportarnos. Nuestra cotidianidad es un problema nuestro. Aprovechemos el momentáneo “repliegue” del régimen para acabar también con el autoritarismo y la prepotencia del poder. Un beso (Perlongher, “Por una política sexual”, 2004, 133).

El final, “un beso”, rompe el estilo panfletario porque introduce un gesto prohibido: besar al lector/a al mismo tiempo que lo exhorta a sublevarse. Con este gesto, el militante del deseo derrama el *ethos* político en el cuerpo de los otros ciudadanos, implosionando el edicto y demostrando que la subversión no reside en la sexualidad, como los edictos proclamaban, sino en la acción desafiante.

La práctica política que Perlongher propone intenta vaciar de contenidos identitarios la homosexualidad para concebirla como un lugar de construcción continua. Militar el deseo es tanto una posición estratégica como una postulación ideológica, porque al considerar el cuerpo como un proceso continuo de construcción y transformación de sí, abre la posibilidad a una militancia abierta a la lucha frente a todo aquello que limite el deseo. La resistencia más efectiva a las prohibiciones de los edictos no era solo denunciarlos, sino esa especie de contraproductividad corporal que Perlongher expresa con las palabras “un beso”. No se

trata de someterse a los edictos, sino de militar deliberadamente desde lo corporal, asumiendo formas que horrorizan a la cultura dominante porque se fugan de su normalidad.

¿Implica que la cultura homosexual, si quiere ser transformadora, debe siempre asumir formas transgresoras, experimentales y vanguardistas o es una cuestión histórica que depende más de los procesos de producción de hegemonía que de las intenciones de los sujetos? Este interrogante abre un debate político en el que Perlongher interviene con lo que denominamos “discurso de resistencia corporal”; este apunta no tanto a la cultura, sino a los dispositivos de poder cuya producción es histórica y demandan una discusión política permanente.

El pasaje de la represión antigay socialmente difuminada al terrorismo policial descarado no es solo un producto de la consolidación, a nivel nacional, de la dictadura militar instaurada en 1976, de su programa de moralización a patadas. La celebración, en 1980, del “Congreso Mariano” –una obscena ceremonia católica en la que se vio al presidente Videla–, fue una excelente excusa de aplicación del código de faltas que, sancionado en 1979, pena explícitamente el “homosexualismo”, figura jurídica desconocida en la legislación provincial (Perlongher, “Todos son policías”, [1988] 2004, 137).

Lo policial como mecanismo de poder que atraviesa la sociedad capitalista es el núcleo de la discusión acerca del disciplinamiento de los cuerpos.

BIBLIOGRAFÍA

- ANGENOT, M.
1982. *La parole panphlétaire. Typologie des discours modernes*. Payot, París.
- BATAILLE, G.
1973. *La experiencia interior*. Taurus, Madrid.
2007. *El erotismo*. Tusquets, Barcelona.
- DE CERTEAU, M.
2000. *La invención de lo cotidiano*. El arte de hacer. Tomo I. Universidad Iberoamericana, México.
- DELEUZE, G. y F. GUATTARI
2002. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Tercera edición. Pretextos, Valencia.

DELEUZE, G. y F. GUATTARI

2005. *Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Cuarta edición. Paidós, Barcelona.

FOUCAULT, M.

1970. *La arqueología del saber*. Sexta edición. Siglo XXI, Buenos Aires.

1996. "Prefacio a la transgresión". En: *De lenguaje y literatura*. Paidós, Barcelona.

1998. *Historia de la sexualidad. Tomo I. La voluntad de saber*. Vigésimoquinta edición. Siglo XXI, Madrid.

2001. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Decimosexta edición. Siglo XXI, Buenos Aires.

ORTOLANI, L.

2004/2005. "Moral y proletarización". En: *Políticas de la memoria* N° 5.

PECHÉUX, M. L.

1975. "Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique du discours". En: *Langages* N° 37, 7-80.

PERLONGHER; N.

1993. *Poemas completos*. Seix Barral, Buenos Aires.

1993. *La prostitución masculina*. Ediciones de la Urraca, Buenos Aires.

1997. *Prosa Plebeya*. Selección y prólogo de Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria. Colihue, Buenos Aires.

2004. *Papeles insumisos*. Adrián Cangí y Reynaldo Jiménez (eds.) Prólogo de Adrián Cangí. Santiago Arcos, Buenos Aires.

2006. *Un barroco de trinchera. Cartas a Baigorria (1978-1986)*. Mansalva, Buenos Aires.

SABSAY; L.

2011. *Fronteras sexuales: espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Paidós, Buenos Aires.

VAN DIJK; T.

2003. "La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato en favor de la diversidad". En Wodak; R. y Meyer; M. *Métodos de análisis crítico del discurso*. Gedisa, Barcelona, 143-177.

OTRAS FUENTES

Revista *Cerdos & peces*. Buenos Aires, 1984-1998.

www.biblio.sigla.org.ar/index.php

NOTAS

1 Se trata de la tesis Doctoral presentada en el 2013 y defendida en agosto del 2014 en la Facultad de Periodismo y Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

2 El término “cartografía” es usado por Deleuze y Gauattari (2002) para diferenciar el viaje del tránsito. Ambas trayectorias implican modos diferentes de figurar la subjetividad: en un caso hay conclusividad; en el otro, errancia. De este modo, no es un mapeo de la ubicación en el espacio, sino del “estar ahí y no estar”, agenciamientos colectivos que hacen los sujetos del deseo.

3 Néstor Roco, en www.biblio.sigla.org.ar/index.php.

4 Pêcheux (1975) considera que lo discursivo es uno de los aspectos materiales de la ideología. Afirmo que las formaciones ideológicas contienen necesariamente una o más formaciones discursivas interligadas, que determinan lo que puede y debe ser dicho para un sujeto que no es la fuente del sentido de sus enunciados, sino que se constituye como tal en el sujetamiento ideológico, es decir, en el proceso de identificación con una posición de subjetividad delimitada por una formación discursiva. Por otra parte, estas se configuran a partir del interdiscurso, discurso otro, anterior-exterior a la secuencia discursiva estudiada (llamada intradiscurso) de donde esta toma sus objetos y las articulaciones que se dan entre ellos.

5 El corte histórico que se analizará se constituye a partir de la década del setenta y llega hasta fines de la década siguiente, etapa de la posdictadura militar. Son los años en que Perlongher actuó como militante y escritor comprometido con las luchas de género.

6 El 28 de junio de 1968, en un pub de Nueva York llamado “Stonewall Inn”, en el Village, la policía hizo una redada; era viernes por la noche, a la hora que más clientela había en el lugar. Debido a la brutalidad con la que la policía trataba a las personas detenidas, la gente concentrada en las puertas comenzó a abuchear a los oficiales, arrojaron monedas e intentaron sacar a los detenidos del furgón. Los policías, obligados a refugiarse en el bar, debieron esperar a que llegaran refuerzos. Por primera vez en la historia, gay, lesbianas, transexuales y bisexuales se enfrentaban a la policía. Los disturbios se generalizaron en el barrio y continuaron en los días sucesivos para demostrar del hastío y la voluntad de resistir a la discriminación. Para coordinar la revuelta surgió, en medio de los disturbios, el Gay Liberation Front (GLF), que adoptó una terminología y unos objetivos revolucionarios.

7 La noción de “ciudadanía sexual” implica una revisión crítica de la identidad ciudadana a partir del cuestionamiento del concepto de “ciudadano” formulado

por el pensamiento político moderno como idea universal. Se trata de una categoría emergente enmarcada en el contexto actual de las luchas por los derechos sexuales.

8 “Entrismo” fue una estrategia política propuesta por Trotsky para incorporar las fuerzas políticas revolucionarias a los partidos de masas. Entendía que les permitía mantener un contacto cotidiano con decenas de miles de trabajadores, ganando su derecho a participar en la lucha y en la discusión sobre los objetivos del movimiento, al mismo tiempo que les daba la oportunidad indispensable para probar a diario sus ideas y consignas en las acciones de las masas.

9 Publicado por primera vez en la revista *La gaviota blindada*, editada por los internos del partido que cumplían condena en la cárcel de Rawson durante 1972.

10 Los edictos policiales en la Argentina comienzan en 1932 para autorizar a la policía a castigar con multas los desórdenes en la vía pública. En 1958, por un decreto de la dictadura llamada Revolución Libertadora, se permite el “arresto para identificar”, mecanismo que hasta 1998 legitimó el castigo por falta y contravención. “Te metían 21 días de arresto y 28 si te vestías de mujer”, asegura Héctor Anabitarte (en línea en <http://biblio.sigla.org.ar>).

11 Los edictos se basan en la concepción positivista del siglo XIX, que sostenía la idea de un cuerpo saludable para constituir una Nación ideal; fue la medicina la ciencia que estableció el modelo del cuerpo normal. En la Argentina, “este dispositivo de la moral saludable” (Sabsay, 2011, 89) tenía que funcionar para constituir el Estado nacional proyectado por la Generación del Ochenta.